

El territorio de la cultura

(De la revista: Carretón Cultural)

La historia del hombre tiene sus puntos de apoyo en los cuales se sustenta y se convierten, de alguna manera, en las grandes aspiraciones colectivas. Desde hace medio siglo el hombre ha empezado a fantasear con el "fin del milenio". Han aparecido algunos con posturas apocalípticas, otros, con posiciones mesiánicas, las sectas han proliferado, los políticos, los filósofos, los escritores; todos están enfrentando las secuelas de, en nuestro calendario, la llegada del nuevo milenio. Para algunos es el principio de una nueva era. Con esta nueva era viene la globalización. Prepararse para enfrentar los desafíos de vivir en un mundo globalizado es la cuestión.

América, 1492...

América, 1998

Muchas cosas han pasado en todo ese tiempo. El mapa de distribución política ha cambiado dos veces; una vez cuando la Corona Española, en desmedro del imperio Inca, Azteca (y otros), redistribuyó el territorio en virreinos y audiencias; el otro movimiento fue cuando, en desmedro de la Corona Española, los patriotas fundaron países. ¿En el próximo milenio volverá a moverse el mapa político de América? ¿Cuántas veces se movió antes que llegaran los españoles? ¡Vaya uno a saber!, lo cierto es que si se movió la estructura, también se mueve la base. El mapa de distribución cultural, si bien con mayor lentitud, también se movió. No es difícil imaginar América y entender sus características, sus peculiaridades y sus "colores" culturales. En el fondo del mapa pervive una América morena habitada por las culturas originarias. Un poco más encima, muy pasivamente, una cultura mestiza y, en primer plano, todavía, la cultura "blancoide" (aquella que proclama su pertenencia europea como signo de clase). ¿Se puede globalizar esto? Ese es el desafío.

¿Por dónde empezar? ¿Por el territorio o por el individuo? ¿Qué es la cultura, una abstracción etérea o un hecho palpable? ¿Dónde radica la cultura? Por lo que parece la cultura ya no es privilegio de un territorio,

sino es propiedad del individuo y, como el ser humano es transhumante (peor ahora que, por cuestiones básicamente económicas -gracias a Dios ya nadie se marcha por cuestiones ideológicas- el ser humano emigra en busca de mejores "pastos"), al transitar de un territorio a otro, junto con él emigra también su cultura. Emigra con su forma de ser, de pensar, de preparar su comida, de ver el mundo, de rendir culto a sus dioses. Se va entero, no se escinde. Vuelve alguna vez solamente para curarse de la nostalgia. Esos movimientos migratorios están cambiándole la cara "cultural" al continente. Buscar la globalización implica aprender a vivir en un mundo donde todo nos pertenece a todos. Dicho en palabras suena muy fácil, en el terreno de la práctica esto es bastante más complicado. Empecemos hablando de folklore, ese bien celosamente guardado y custodiado por las fronteras de todos los pueblos (territorios). ¿El k'aluyo es solamente mío?; nadie quiere concederle al vecino la posibilidad de uso de un patrimonio que, probablemente, es común a todos.

En un seminario taller, que tenía carácter internacional, discutimos desde esa óptica este "pequeño problemita" y, de pronto, nos vimos envueltos a una discusión respecto a los patrimonios nacionales de los que se "apropian" los países vecinos. Si entendemos que Ecuador, Perú, parte de Bolivia, Chile y Argentina eran territorios pertenecientes al Imperio Quechua, ¿no es lícito pensar que, probablemente, lo que nosotros hoy tenemos por folklore, haya sido una manifestación cultural común a todos ellos? ¿O lo que perteneció a la gran cultura Tupí-Guaraní, habitante de la gran franja amazónica y rioplatense es propiedad solamente de alguno de los países que habitan ese territorio? O hablemos de lo mestizo; lo mestizo se entiende por la preponderancia de la matriz hispana, eso implica que un mestizo de tierra del fuego, hipotéticamente hablando, piensa igual que uno del caribe porque fueron los hispanos los que colonizaron este inmenso continente. Implica también que los matices son muy leves, en términos reales, y que somos nosotros quienes en nuestro afán de "enralzarnos" a un sitio buscamos ser diferentes de los otros en un intento de ser únicos. ¿Pero somos únicos realmente?

La receta es empezar a hablar de los territorios comunes (la cultura misional, por ejemplo, en donde también se involucre a Argentina, Paraguay y Brasil). Comenzar a ver al individuo como portador de cultura y atreverse a respetar sus manifestaciones propias, su forma de vida. El desafío es desgarrarse la piel para dar paso al hombre del próximo milenio, globalizado o no,

"La ley delimita un territorio, la cultura lo trasciende"

pero más humano. La cultura es lo único que podrá redimirnos. Lo económico nos ha costado mucho territorio, mucha sangre, muchos disgustos, esperemos que con la cultura podamos recuperar todo lo que hemos perdido, que podamos recuperar el alma de las cosas porque eso es lo que no podemos encontrar y andamos sin rumbo.

Debemos entender que, finalmente, la cultura, como cualquier otra cosa, se mueve. Estamos acostumbrados a ver a la cultura como lo estático, lo inmóvil, lo anacrónico y eso no es cierto. Las ciudades cada vez están más llenas de individuos; estos tienen que alimentarse espiritualmente y el único alimento para el alma es la cultura. La cultura popular o la erudita alimentan por igual.

El ser humano es universal, pero el hombre se ha puesto barreras para impedirse disfrutar plenamente de lo único que puede llenarlo espiritualmente: la cultura.

El desafío es liberar a la cultura y sus múltiples manifestaciones de las ataduras territoriales y de las mezquindades pueblerinas y depositarla en manos de su único dueño: el ser humano.

PAZ PADILLA ORSOLA (Santa Cruz, 1961)

Escritor, activista, poeta, periodista y docente de literatura.

La cultura

La cultura es el alma del territorio, el espíritu que lo anima y lo hace vivo. Es el patrimonio que nos conecta con nuestros ancestros y nos da sentido a nuestra existencia. Sin cultura, el territorio es solo un espacio vacío.

Para bien quiero ser la cultura

Julia S. García Orsola